

Jan Potocki

# Manuscrito encontrado en Zaragoza

Prólogo de Julio Caro Baroja  
Traducción y nota biográfica  
de José Luis Cano



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Título original: *Manuscrit trouvé à Saragosse*

Primera edición: 1970

Quinta edición: abril de 2026

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción y nota biográfica: José Luis Cano

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1970, 2026

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)



PAPEL DE FIBRA  
CERTIFICADA

ISBN: 979-13-7009-222-1

Depósito legal: M-149-2026

Impreso en España - *Printed in Spain*

# Índice

- 9 Prólogo para uso del lector de la traducción española
- 21 Nota biográfica del autor

## MANUSCRITO ENCONTRADO EN ZARAGOZA

- 35 I. Catorce jornadas de la vida de Alfonso van Worden
- 37 Advertencia
- 39 Primera parte
- 41 Jornada primera
  - 55 Historia de Emina y su hermana Zibedea
  - 60 Historia del castillo de Cassar-Gomález
- 67 Jornada segunda
  - 72 Historia del endemoniado Pacheco
- 83 Jornada tercera
  - 84 Historia de Alfonso van Worden
  - 96 Historia de Trivulzio de Ravena
- 101 Historia de Landulfo de Ferrara
- 110 Jornada cuarta
- 115 Jornada quinta
  - 118 Historia de Zoto
- 130 Jornada sexta
  - 130 Continuación de la historia de Zoto
- 150 Jornada séptima
  - 150 Continúa la historia de Zoto

166	Jornada octava
170	Relato de Pacheco
175	Jornada novena
178	Historia del cabalista
193	Jornada décima
196	Historia de Thibaud de La Jacquièrre
201	Historia de la gentil doncella del castillo de Sombre
211	Segunda parte
213	Jornada undécima
214	Historia de Menipo de Licia
218	Historia del filósofo Atenágoras
224	Jornada duodécima
226	Historia de Pandesowna, jefe de los gitanos
240	Historia de Giulio Romati y de la princesa de Mont-Salerno
245	Jornada decimotercera
246	Continuación de la historia de Pandesowna
246	Continuación de la historia de Giulio Romati
254	Historia de la princesa de Mont-Salerno
264	Jornada decimocuarta
265	Historia de Rebeca
285	II. Tres relatos de Avadoro, historia española
287	1. Historia del terrible peregrino Hervás y de su padre, el omnisciente impío
329	2. Historia del comendador de Torralba
342	3. Historia de Leonora y de la duquesa de Ávila
369	Notas

## Prólogo para uso del lector de la traducción española

Han pensado los editores de este libro que convendría presentarlo con unas palabras preliminares, en obsequio del lector español. Acerca de la personalidad de su autor dice lo sustancial el poeta que lo ha traducido, en su prólogo. Por otro lado, no será difícil al curioso recurrir a comentarios y estudios de los eruditos franceses que llamaron la atención sobre él, últimamente. Mas juzgo también que puede indicarse algo en relación con el peculiar modo de ver España del conde Potocki, para des-hacer equívocos posibles.

Fue este un contemporáneo riguroso de Moratín y de Goya: más viejo que el primero, más joven que el segundo. Parece que estuvo en España por los años de 1791 y que combinó su estancia aquí con un viaje a Marruecos. Finge que el manuscrito en cuestión lo encontró un oficial francés en el sitio de Zaragoza, en plena guerra de la

Independencia (1808-1809), y que el relato se centra en tiempos de Felipe V, o sea en la primera mitad del siglo XVIII. Estos datos cronológicos sucintos hacen que nos planteemos la cuestión de hasta qué punto el conde Potocki se basó en una realidad, observable en su época, y hasta dónde su imaginación corrió veloz en un mundo de ensueños prerrománticos.

Desde luego, los intelectuales españoles de su tiempo eran enemigos declarados de toda creencia similar a las que constituyen el eje de las narraciones de Potocki. Moratín las combate por un lado fría y atildadamente, Goya de otra manera más genial; y quien dice estos dice también Jovellanos, etc., etc. A fines del XVIII la Inquisición estaba en manos de prelados cortesanos o de rigoristas que no veían, en lo que a artes mágicas y hechicerías se refiere, más que engaños y supercherías de gente populachera y vil. Se nos dice que aun en la década de 1780 y 1790 se quemó en Sevilla a una bruja, que se castigó a algún hechicero; pero la realidad es que el mundo o mundillo intelectual del tiempo de Carlos IV era reacio a tener en cuenta las viejas tradiciones esotéricas como algo respetable y terrorífico en gran escala.

Por otra parte, los viajeros ingleses y franceses del siglo XVIII, si hablan de ellas, lo hacen también con notoria frialdad. Sus intereses dominantes se dirigen a otros campos. Se ocuparon así de contrabandistas, de bandidos, de corridas de toros, de la misma Inquisición como organismo jurídico, del estado de las carreteras y

de las posadas... Darán cifras sobre la Marina o el Ejército, descripciones geológicas y botánicas...

El mundo mágico explotado literariamente por el conde Potocki interesó más a los autores del siglo xvii o a los del siglo xix, metidos ya en pleno maremágnum romántico: y a los nuestros con *un no sé qué* en el matiz que les hace muy distintos a los cuentistas o novelistas contemporáneos de Potocki, de países nórdicos como él y que procuran utilizar los mismos o parecidos recursos. Porque claro es que en esto de jugar con el horror y lo pintoresco a la par, Potocki no se adelanta a otros, aunque su genio y modo sean muy específicos.

Los españoles lectores, supervivientes del siglo xix (si queda alguno), o los simples curiosos que conserven libros de sus abuelos y bisabuelos (cosa rara en este país «conservador»), acaso hayan topado alguna vez con una vieja traducción de *Los misterios de Udolfo*, novela de Ann Ward, más conocida por Mrs. Radcliffe (1764-1823), que apareció en 1794 y que tuvo tal boga que a poco se inundaron las librerías de Europa de relatos en que aparecían toda clase de fantasmas, espectros y seres más o menos misteriosos en ruinas, conventos y castillos encantados. Mrs. Radcliffe fue contemporánea rigurosa también del conde Potocki, y asimismo de Hoffmann (1776-1822), cuyos cuentos se publican algo después que muriera Potocki. Tanto Mrs. Radcliffe, como Hoffmann, como nuestro autor, gustan de ambientes italianos y de asuntos terroríficos y fantásticos. Pero Potocki escoge, además, a España como escenario central para sus personajes.

A juzgar por las transcripciones de algunos nombres y palabras, el conde no llegó a tener una completa familiaridad con el español: al menos con el español escrito. Tiende a hacer palabras con formas patronímicas, de las que no lo son. Así escribe «Olavidez» por «Olavide». De un nombre tan hispánico como el de «Pacheco» hace «Pascheco» y da «Anduhhar» por «Andújar» o «Anduxar», que es como todavía escribirían muchos en su época. Es posible, pues, que su contacto con lo español haya sido más bien visual que otra cosa, o a través de traducciones y libros de viajes escritos en diferentes lenguas europeas que conocía bien. Ahora bien, las novelas españolas con episodios misteriosos y terroríficos que pueden dar idea de la existencia de un país sumergido en lo esotérico no son las más famosas y divulgadas.

Habría que iniciar la serie con *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, en donde los episodios más misteriosos ocurren en tierras septentrionales, camino de Italia, o en Roma misma, y seguirla con relatos de novelistas del siglo XVII. Entre ellos, y en especial, con los de don Gonzalo de Céspedes y Meneses y doña María de Zayas y Sotomayor: una verdadera precursora de los románticos deseosos de aterrorizar, aunque su propósito se fundara en otras bases mentales y morales de fe, credulidad, etc.

El conde Potocki, como otros cuentistas algo posteriores que conocieron su obra (por ejemplo, Charles Nodier) y como otros autores románticos más jóvenes y famosos (pienso ahora en Mérimée), era un erudito de vastas lecturas. Sería empresa ardua la de fijar las posi-

bles fuentes españolas de sus relatos. Algunas clásicas las da claramente. La historia de Atenágoras está en las *Cartas* de Plinio el Joven (VII, 27), la de Menippo en la *Vida de Apolonio de Tiana*, de Filostrato (IV, 25).

Pero lo que sí quiero hacer observar al lector es que aunque Potocki habla de cosas que nos son familiares a los historiadores y folkloristas españoles, lo hace poniendo de repente un acento *que no nos es familiar*. Así, por ejemplo, lo que dice al comienzo de su relato acerca de Sierra Morena entra dentro de lo dicho y repetido mil veces: bandidos, contrabandistas y gitanos andaban por aquellas fragosidades según el testimonio de propios y extraños. La idea de que los gitanos son antropófagos está ya expresada en libros españoles antiguos. Por ejemplo, en el *Discurso...* que escribió contra ellos don Juan de Quiñones. Menos comunes son las referencias a Sierra Morena como habitáculo de fantasmas y seres terroríficos, aunque hay alguna... Pero dejemos ahora a un lado el ambiente general del escenario o los escenarios.

He aquí ahora una venta «encantada», de construcción morisca, en la que a las doce de la noche aparecen unas negras servidoras de los demás, ataviadas a la berberisca. Esto nos acerca más a Washington Irving que a las novelas de doña María de Zayas, en que también salen negras servidoras y en que los encantamientos andan a la orden del día. Y lo que sigue va aderezado también al gusto romántico, no al español viejo.

Que en tiempos de Felipe V había en Granada no pocas familias descendientes de los moros es cosa conocida.

Sabemos asimismo que los miembros de algunas de ellas, acusados de mahometizar, aparecieron en un auto de fe. Los de otras han quedado incluso incorporados a la aristocracia de la tierra. Pero el que aún hubiera relaciones entre moriscos de Granada y moriscos de Túnez, como dice el relato, parece cosa fantástica: en todo caso, el conde Potocki colocó una situación muy posible en tiempos de Felipe III cien años después: cosa en la que creo que otros románticos le siguen.

Saltemos ahora la historia de las dos bellas tunecinas, que es una «oriental», con alguna alusión a los tormentos inquisitoriales padecidos por los Gomález, y la que le sigue. Dada la boga que tuvo Ginés Pérez de Hita entre los escritores románticos y prerrománticos, podríamos pensar que Potocki leyó algo de él... o algún «pastiche» como los del caballero Florián. En líneas generales, las narraciones posteriores ofrecen el mismo aspecto equívoco, arcaizante de un lado, romántico de otro. Un escritor español antiguo, que discurrió con morosidad sobre el viejo asunto de las casas encantadas, como A. de Torquemada en su *Jardín de flores*, lo hace, claro es, en otro tono que nuestro conde, admirador de los enciclopedistas y metido en la «Ilustración» o *Aufklärung*; más cercano también a Cagliostro que a los grandes magos del Renacimiento. La historia de «Pasheco» tiene, también, unas notas muy de su época. Pero no voy a ir analizando, paso por paso, el contenido de las distintas jornadas del libro, en que hay historias italianas, morunas y clásicas en proporción considerable.

Quiero subrayar, en cambio, la idea que tenía Potocki del parentesco entre familias cristianas y musulmanas en la España de comienzos del XVIII, idea que coincide con la de varios viajeros. También sobre lo que dice acerca de las relaciones de cristianos y judíos. He aquí que en la jornada octava aparece un cabalista. Sabemos que durante el siglo XVI hubo muchos que eran de religión cristiana: por lo menos en su raíz. Sabemos que hubo incluso sacerdotes que aprendieron una forma de cábala y aristócratas que se interesaron por ella. Pero este cabalista que surge ahora vive en el siglo XVIII en un pueblo español y en España le llaman don Pedro de Uzeda. Él viene a reconocer que es judío y que su nombre verdadero es el de Rabí Sadok Ben Mamun. No vamos a negar la existencia de criptojudíos en la España de Felipe V, puesto que el mismo rey tuvo un médico que sufrió proceso porque le acusaron de serlo. Lo que sí se me hace más dificultoso es que en un pueblo andaluz o manchego hubiera por aquellas fechas un cabalista tan empedernido como lo podía ser en el París dieciochesco el caballero Gascón que aparece en *La rôtisserie de la reine Pédauque*, imaginado por Anatole France, el cual –dicho sea de paso– me parece haber leído un libro que probablemente también leyó Potocki. Me refiero a *Le comte de Cabalis*, otro oscuro habitante de las viejas bibliotecas europeas. Por lo menos los archivos inquisitoriales no nos dejan huella del paso por el Santo Oficio de individuos de esta vitola, aunque hay que reconocer que, incluso después, aparecen en Europa personalidades de

origen hispánico (como Martínez Pascualis) que, por lo menos, en sus pretensiones, dejan chiquito a este don Pedro de Uzeda, del texto que nos ocupa. De una forma u otra, en él se quiere dar a entender que en España había una vida críptica judeo-mahometana y se adelantan otras especies que, tiempo después, adquieren mayor popularidad cuando don Jorgito, don Jorge el Inglés, Borrow, en fin, escribe y publica *The Bible in Spain*\*, libro cuya lectura ha orientado y desorientado a tanta gente.

El interés por los gitanos nos hace también que asociemos la figura del crédulo protagonista bíblico a la del conde polaco que, aparte de este libro, escribió una comedia musical en dos actos y en verso que se llama *Los gitanos de Andalucía* (1794). La historia de Pandesowna, jefe de gitanos, me hace pensar que Borrow fue gran lector de Potocki: pero no puedo ahora comprobarlo. Hay en ella referencias al Madrid dieciochesco, a las famosas luchas entre «chorizos» y «polacos» a que se refirió gráficamente Moratín: «chorizos» que en el texto de Potocki aparecen como «Sorices» y «polacos» que son «Pollacos». Fray Jerónimo es un «Fra» italiano. Pero, en conjunto, se observa que Potocki al pasar por Madrid supo algo muy directo de aquellos combates teatrales, dirigidos por frailes aguerridos, que el teatro de la Cruz le fue familiar y que la tertulia del librero Mo-

\* George Borrow, *La Biblia en España*, Madrid, Alianza Editorial, 2021 [1970]. (N. del E.)

reno, donde se reunían algunos hombres eruditos de la corte, no es mero producto de su imaginación. En la parte de su obra en que cuenta la historia del hijo de don Felipe del Tintero Largo es donde, a mi juicio, se acerca más a la tradición de la novela picaresca española, con sus tonos de ironía áspera. Pero claro es, también, que queda lejos de la novela que se cultivaba en la España que visitó, dominada por los Montengones y otros autores hoy olvidados y a cual más soporíferos y fríos, en su pretensión de hacer gracia.

En suma, el conde Jan Potocki nos ha dado una visión romántica de España, anterior a la de los escritores románticos más famosos, con Borrow y Mérimée a la cabeza. Una visión en la que la preocupación por lo maravilloso domina sobre la que hubo por lo que se llamó «color local». Lecturas de muy diverso origen hicieron que su cabeza erudita y un poco atacada por la neurosis llegara a organizar la serie de relatos que hoy se ponen ante los ojos del público español, para que los saboree, como muestra de lo que las imaginaciones nórdicas han sacado del contacto con nuestra vieja historia, con nuestra vieja literatura y al realizar viajes rápidos y fascinantes por una España que, claro es, no es la de hoy. Habló Nietzsche de lo que es «humano, demasiado humano». Ahora podemos hablar, con hartos dolor, de lo que está «claro, demasiado claro».

No habría en 1791 cabalistas, descendientes de los abencerrajes, judías voluptuosas, etc., etc., sobre esta piel de toro. Pero un hombre imaginativo, al contacto

con el pueblo español y la naturaleza meridional, podía pensar que los había, o imaginarse un mundo en que fueran posibles... Ahora no hay más porvenir que el de las novelas «socioeconómicas», «psicoanalíticas»: incluso con un apéndice estadístico. ¡Adiós España romántica y misteriosa!

Pero no quiero lanzarme a la lamentación una vez más. Antes de acabar de escribir este prólogo para uso particular del lector español, he de insistir también en que en el conjunto de relatos de Potocki hay mucha intención satírica, más o menos velada. Dejando a un lado la base general de ella, acerca de la cual ha insistido un comentarista polaco, Kukulski, hay en lo que es claramente burlesco alusión a personas que son de lo más respetable que tuvo la España de fines del XVIII. La historia del terrible peregrino Hervás y de su padre el omnisciente impío contiene una alusión clara, según creo, a los trabajos gigantescos del jesuita don Lorenzo Hervás y Panduro: concretamente a su libro acerca del origen, formación, mecanismo y armonía de los idiomas, porque una de las obras del personaje de Potocki es la Gramática universal. ¿Qué razón tuvo para hacerlo? Acaso alguna de tipo erudito que podrá rastrearse en su producción lingüística y etnográfica. Después la historia sigue por los cauces de lo fantástico e imaginario, y aun para evitar todo propósito de averiguaciones concretas Potocki mismo, o su editor francés de 1813, dicen que el Hervás del cuento murió hacia 1660... Pero las páginas en que se halla esta advertencia hacen ver, también, que

Potocki tenía noticia de la *Idea del Universo* del sabio español, espíritu enciclopédico a su modo, cuyas obras aparecieron en italiano antes que en la lengua materna casi siempre, y que es probable que Potocki leyera en aquel idioma, que debía conocer mucho mejor.

Potocki, pues, arranca, con frecuencia, de un hecho concreto del que luego su fantasía hace algo irreal. De vez en cuando vuelve a meter una nota realista en el relato, nota alterada a nuestros oídos, con frecuencia, por transcripciones extrañas de palabras, nombres propios y hasta canciones enteras.

En fin. Basta de advertencias. Lo único que quiero expresar ahora, antes de terminar, es el deseo de que alguien se tome la molestia de profundizar en el estudio de los temas que he esbozado, escribiendo casi a vuelapluma.

JULIO CARO BAROJA



## Nota biográfica del autor

Jan Potocki, autor de esta singular novela, nació el 8 de marzo de 1761 en el castillo polaco de Píkow, en la región de Podolia, de familia noble. Sus primeros estudios los hizo en su país, y a los doce años fue enviado a Suiza para continuar su educación en Lausana y en Ginebra, donde se inició en el conocimiento de las ciencias y en los estudios literarios y lingüísticos. Los años de su educación suiza dieron al joven aristócrata una curiosidad, que fue creciendo, por las ciencias, y un sentimiento cosmopolita de la vida. A su regreso a Polonia abrazó la carrera militar, como era costumbre en la nobleza, pero pronto la abandonó para consagrarse a las dos pasiones que iban a dominarle hasta su muerte: los viajes y los estudios. Decidido a saberlo todo, no tardó en poseer una cultura enciclopédica, y un dominio de casi todas las lenguas modernas, además de las clásicas. Al mismo

tiempo, el joven Potocki se contagió del espíritu liberal y progresista que imperaba en la parte más ilustrada de la corte polaca, cuyo rey, Estanislao Augusto, era uno de los protectores de la masonería, a la que pertenecían algunos de los grandes señores de la nobleza. Algunas damas compartían ese espíritu, entre ellas la princesa Isabel Lubomirska, nacida Czartoryska, con una de cuyas hijas, la princesa Julia, iba a casarse Potocki pocos años después.

Pero antes el joven conde decidió conocer el mundo, para así satisfacer su afición a los viajes, que iba unida a una vocación de historiador y de etnólogo. Como los viajeros románticos medio siglo después, Potocki inició la serie de sus viajes por los países del sur de Europa. En un primer ciclo, que duró de 1778 a 1780, recorrió Italia, visitó las islas de Malta, Sicilia y Lampedusa, y desembarcó en Túnez, donde el príncipe Ali-Bey le recibió en su palacio y en la Gran Mezquita de Kairouan, la ciudad santa. Potocki evocaría más tarde, en su *Manuscrit trouvé à Saragosse*, algo de ese Túnez entrevisto en 1779. Las misteriosas primas del protagonista, Alfonso van Worden, las tunecinas Emina y Zibedeá, son primas también del rey de Túnez, y se han educado en las costumbres y en la religión musulmanas.

Desde Túnez, Potocki pasó a España, país que iba a atraerle quizás como ningún otro, y en el que aún reinaba un rey ilustrado, Carlos III. La España que visitó Potocki era una España vivaz y pintoresca, rica en bandidos y contrabandistas, gitanos y mendigos, que vagabun-

deaban por los caminos y las ventas, pero rica también en artistas y escritores. Le atrajo sobre todo Andalucía, ese paraíso del sur que ya a fines del XVIII sedujo a los primeros turistas nórdicos, y que no iba a tardar en convertirse en una de las metas obligadas de los viajeros románticos. Visitó Sevilla, Granada, Córdoba, recorrió los caminos y montañas de Sierra Morena, y estudió de cerca las costumbres de los gitanos y algo de su lengua. De esta frecuentación de los gitanos andaluces hay huellas en el *Manuscrito*, como podrá ver el lector, y en otra obra de Potocki, la opereta *Les Bohémiens d'Andalousie*, que fue representada en el castillo del príncipe Enrique de Prusia en 1794. Parece evidente que a Potocki, prerromántico ilustrado y ávido de lo natural y pintoresco, lo que más le atrajo de España fueron el arte, las costumbres del pueblo y la salvaje naturaleza, como medio siglo después a los viajeros románticos.

¿Visitó Potocki en Madrid el estudio de Goya, como afirma su biógrafo Édouard Krakowski<sup>1</sup>? Entra en lo posible, pues Potocki gustaba de la pintura y la fama de Goya empezaba a crecer.

Tras el viaje a España, inició Potocki un segundo periplo, en el que visitó, de 1781 a 1784, Turquía, Grecia, Egipto, Albania y Montenegro. Turquía le entusiasmó especialmente, y no solo incorporó a su equipaje trajes y objetos turcos, sino que tomó allí un criado, Ibrahim, y lo llevó consigo a Polonia. Sus impresiones de ese viaje las escribió en forma de cartas dirigidas a su madre, reuniéndolas luego en un volumen con el título *Voyage en*

*Turquie et en Égypte*, que publicó en edición de muy pocos ejemplares en 1788. El gusto por lo oriental quedó desde entonces muy vivo en su espíritu, y a veces tenía el capricho de vestir a la turca, como su fiel criado Ibrahim.

Fue al regreso de ese viaje, en 1785, cuando contrajo matrimonio con la bella y espiritual Julia Lubomirska, hija del príncipe, luego mariscal, Estanislao Lubomirski y de la princesa Isabel. La princesa Julia no solo era bella sino una excelente cultivadora de las artes: música, danza, pintura, teatro... De ella tuvo Potocki dos hijos: Alfredo, nacido en 1786, y Arturo, nacido en 1787. Pero Julia murió muy pronto, en 1794, de una tisis galopante, y Potocki, dejando a sus hijos al cuidado de su suegra, la mariscal Lubomirska, pudo consagrarse enteramente a sus dos pasiones favoritas: los viajes y los estudios.

Una estancia anterior en París, invitado por su suegra, que vivía en el Palais Royal, le permitió frecuentar los círculos ilustrados y enciclopedistas, y especialmente el salón de Madame Helvetius, donde se mostró gran admirador de Diderot, Buffon, D'Alembert y otros astros de la Enciclopedia. Conoció también a Madame de Staël y a Choderlos de Laclos, el autor de *Les Liaisons dangereuses*, y se acercó a los grupos de iluminados y ocultistas, a los seguidores de Swedenborg y de la sociedad Rosacruz, uno de cuyos miembros más activos era Jacques Cazotte, autor de un *Diable amoureux*, que sin duda Potocki leyó. La cábala tenía muchos adeptos en París, y las historias de fantasmas, bandidos y vampiros estaban de moda. Lector de ellas, Potocki iba a mostrar,

al escribir años después su *Manuscrit trouvé à Saragosse*, que era capaz de mejorarlas.

Después de un breve viaje a Holanda, en donde fue testigo de la insurrección popular contra las tropas prusianas, Potocki regresó a Polonia a principios de 1788 para asistir como diputado a la Gran Dieta. Fiel a sus ideas liberales, fue uno de los primeros en denunciar los peligros del militarismo prusiano, y en pedir la abolición de la esclavitud en Polonia y la participación del tercer estado en las tareas de gobierno. La revolución que pedía Potocki era una revolución desde arriba, con el apoyo del rey, una revolución moderada y liberal que instalara un orden para el progreso. Estanislao Augusto, que era un rey ilustrado, favorecía esa tendencia moderada, pero Potocki fue acusado de jacobino por la policía, que intentó cortar su propaganda revolucionaria. Potocki no se dio por vencido, e instaló en su propio palacio una imprenta privada donde siguió editando folletos y libelos de tono acentuadamente progresista. En esta *imprenta libre*, como él la llamó, editó además los dos volúmenes de su *Essai sur l'Histoire Universelle* y sus *Recherches sur la Sarmatie*, y reimprimió, en 1789, su *Voyage en Turquie et en Égypte*.

Pero en medio de las luchas políticas, Potocki encontraba tiempo para nuevos viajes y aventuras. En julio de 1788 acompañó al célebre aeronauta francés François Blanchard en su vuelo en globo desde Varsovia. Toda la ciudad contempló la ascensión, en la que acompañaron a Blanchard y a Potocki el fiel Ibrahim, vestido como